

**DOS APORTACIONES FRANCESAS
AL DEBATE SOBRE EL FUTURO
DEL MUNDO RURAL:
EDGAR PISANI
Y BERTRAND HERVIEU**

Por
JOSE J. ROMERO RODRIGUEZ (*)
EDUARDO RAMOS REAL (**)

La firma en Marrakech en abril de 1994 de los acuerdos del GATT que cierran la famosa Ronda Uruguay significa de alguna manera la consolidación –o puesta en marcha– de un proceso de reasignación productiva agraria a nivel mundial. La disminución del proteccionismo de la tradicional Política Agraria Comunitaria europea y, en consecuencia, la mayor accesibilidad de sus mercados para los productos de terceros países han puesto en cuestión de forma muy radical los paradigmas productivistas tradicionales.

Por otro lado, en los países en vías de desarrollo los problemas medioambientales y los asociados al modelo de urbanización masiva han llegado ya a puntos de saturación y callejones sin salida de tal magnitud que es universalmente reconocida la necesidad de frenar el proceso de despoblamiento del mundo rural y de aprovechar las

(*) Facultad de CC. Económicas y Empresariales-ETEA. Universidad de Córdoba. Agosto 1994.

(**) Departamento de Economía Agraria-ETSIAM. Universidad de Córdoba. Agosto 1994.
– Revista de Estudios Agro-Sociales. Núm. 169 (julio-septiembre 1994).

potencialidades productivas de dicho medio, tanto para la producción de alimentos como para la satisfacción de otros bienes y servicios cada vez más demandados por la sociedad.

Está en juego la consecución de la meta del desarrollo sostenible tanto en los países industrializados como en los países en vías de desarrollo.

Las mutaciones aludidas, que afectan a la agricultura como sector, a las políticas agrarias –en particular la euro-comunitaria–, al territorio y a la sociedad rural, a los intercambios internacionales de alimentos y al propio problema de la seguridad alimentaria a nivel mundial, están ocupando cada vez más el centro del debate político, económico y social.

Pero quizás en ningún país como en nuestro vecino francés este debate haya tenido tanto eco y despertado tanta pasión. Francia cuenta con una agricultura poderosa, es el primer país exportador de productos agrarios de la comunidad, dispone de una estructura institucional agraria muy articulada y potente, con fuerzas sindicales agrarias sumamente activas y de gran tradición. Dada la gran influencia francesa en los avatares de la política agraria comunitaria, opinamos que las reflexiones que se produzcan en este terreno entre nuestros vecinos merecen un atento seguimiento.

Hemos seleccionado dos libros que, aunque de pequeña extensión, nos parecen sumamente significativos e ilustrativos del debate en curso. Hemos de advertir al lector que los dos se sitúan «del mismo lado» en el campo de batalla dialéctico e intelectual en donde hoy parece estarse dirimiendo el futuro de la agricultura y del mundo rural; dos posturas que, simplificando, podríamos calificar de «productivista/agrarista» y de «ruralista». Los libros de Edgar Pisani y de Bertrand Hervieu que pasamos a reseñar están claramente posicionados en la segunda corriente con la que, por cierto, nos identificamos.

Nos detendremos algo más en el primero, por tratarse de una aportación colectiva, porque el propio Bertrand Hervieu pertenece al grupo de Seillac y muchas de sus ideas están incorporadas en la obra colectiva y, finalmente, porque el libro encabezado por Pisani es el más reciente de ambos.

Edgar Pisani. Groupe Seillac. *Pour une agriculture marchande et ménagère*. Editions de l'Aube. S.L. 1994, 191 pp.

PRESENTACION

En diciembre de 1992 un grupo de 20 franceses de todas las tendencias reunidos en Seillac (Francia) elaboraron un manifiesto que vio la luz en abril de 1993 y que ha tenido un eco notable, por supuesto en Francia, pero también en otros contextos europeos. La Revista de Estudios Agro-sociales, con muy buen acuerdo, publicó el texto íntegro en el n.º 165 correspondiente a julio-septiembre de 1993 (pp. 177-193). Personalidades tan conocidas como Michel Debatisse, Alain Delaunoy, Philippe Lacombe, Bertrand Hervieu, Louis Malassis o el propio Edgar Pisani, por citar sólo algunos, formaban parte de este rico y variado foro de «sabios agro-rurales».

Como continuación y, de alguna manera, consecuencia de aquel texto germinal y de las reuniones y debates libres que este grupo de personas ha continuado manteniendo, Edgar Pisani ha redactado, incorporando las ideas del grupo, este librito de casi 200 páginas.

Se trata de un texto importante. Ninguna reseña ni resumen pueden reemplazar la lectura apasionante de este pequeño libro que, por cierto, si a uno le interesan las cosas del campo, se lee «de un tirón». Esperamos y deseamos que una pronta traducción y una distribución adecuada del mismo lo hagan accesible al mayor número posible de agentes relacionados con la agricultura y el medio rural de nuestro país. Es posible que ello haya ocurrido ya cuando aparezca esta reseña.

ALGUNAS «IDEAS FUERZA» DEL TEXTO DE PISANI

Como bien resume en su introducción el propio autor, este texto:

«... ha optado por articular una serie de consideraciones alrededor de una afirmación innovadora; la prioridad ya no está en el desarrollo de la producción, en la intensificación, sino en un territorio y en una sociedad que deben imperiosamente vivir, tanto como producir. Los resultados ya no son cuantita-

tivos, ni tampoco exclusivamente cualitativos, sino que deben situarse en un justo equilibrio entre el trigo y el terruño»...

Aparte de la presentación, el texto se articula en tres capítulos de desigual amplitud: La contastación, Elementos para una política y El pacto. El segundo de ellos es el más desarrollado y extenso.

A fuerza de subjetivos, nos atrevemos a entresacar algunas de las ideas-fuerza del texto, quizás las más importantes según nuestro criterio, confiando en que a nuestros lectores esta personal antología les motive para acudir al texto completo original.

I. Romper definitivamente con la confusión agrario/rural

Esta clara distinción de lo agrario y lo rural es uno de los «leit motiv» del libro, si no el principal:

«... política agraria y política de ordenación del territorio ya no son sinónimos; deben ser concebidas separadamente, aunque buscando una complementariedad dinámica...» (p. 37). «... el enfoque rural de los problemas de nuestro territorio y de nuestra sociedad debe encontrar un modo de expresión y de organización nítidamente separado del problema agrícola estrictamente considerado» (p. 39). «... deben coexistir una política agrícola, predominantemente económica y una política rural esencialmente territorial y societal. Concebidas separadamente, estas dos políticas deben articularse una sobre otra, “país” por “país”, teniendo en cuenta terruños, actividades, producciones y sociedades» (p. 40). Existe una «... confusión, que permanece en nuestros espíritus, entre lo agrario y lo rural. Es una confusión de naturaleza cultural... Hay que acabar con ella y llegar a analizar problema agrícola y problema rural cada uno por lo que es» (p. 69). «La agricultura nunca ha constituido la única actividad del mundo agrario» (p. 101). «La agricultura ya no es la actividad “reina” casi exclusiva del espacio y de la sociedad rural» (p. 119). «... organizar los espacios rurales es contar con la agricultu-

ra, pero no sólo con ella, sino que hay que encontrar en cada caso un equilibrio que salvaguarde la herencia campesina sin ser su prisionero» (p. 119). «Se precisa de una política rural autónoma de la política agrícola y que, en cierto modo, integre la política agrícola como uno de sus puntos de apoyo, uno de sus instrumentos» (p. 120); pero «... en adelante se invierte “la carga de la prueba”: no todo lo que es bueno para la producción agrícola es necesariamente bueno para el espacio y la sociedad rural» (p. 120).

II. *Esta distinción lleva consigo la definición de las nuevas funciones del mundo rural*

«... toda explotación agrícola era [en los viejos tiempos] “naturalmente” comercial y “ama de casa”, productora y jardinera. La apertura de los mercados, pero sobre todo la explotación de las técnicas y de las prácticas, son los responsables de haber roto este equilibrio. Hay que volver a él, rehabilitando, magnificando, identificando, remunerando el trabajo del agricultor y su parte no productora de alimentos» (p. 107).

Estas nuevas funciones se materializan en nuevas actividades no estrictamente productoras de alimentos y materias primas. Pisani hace referencia, por ejemplo, al turismo rural (p. 109), a los trabajos de mantenimiento del entorno y de interés público (pp. 110-111), a la producción artesanal (p. 112), y a «mil otras actividades que se pueden emprender» (p. 113). Esa variedad de funciones, que habrán de ser normalmente ejercidas por el propio agricultor, conducen a definir para él un estatuto de «pluriactivo», estatuto cargado de consecuencias de todo tipo (cfr. pp. 114 ss.).

«... el mundo agrícola debe cambiar su filosofía y su discurso; a los ojos de la opinión pública, su nobleza reside menos en los silos repletos de los stocks de productos disponibles que en el mantenimiento de los paisajes, en la vida misma de los campos diezmados por el tractor» (p. 156).

III. *La crisis rural es mucho más que una crisis agraria y se enmarca en una crisis global, de sociedad y de civilización:*

«No existe una respuesta exclusivamente agrícola a la crisis que atraviesa la agricultura: hay una crisis del mundo rural, una crisis general de las sociedades y de todos los sistemas productivos modernos; la agricultura no puede escapar a esta crisis» (p. 37). «... una crisis que no es sino uno de los aspectos de una crisis más general, de la que no se libra ningún país, ninguna sociedad, ningún sector de actividad» (p. 153). «La agricultura conoce hoy el barbecho como el mundo obrero conoce el paro y las empresas la suspensión de pagos...» (p. 154).

IV. Como no podía ser menos, *la Política Agraria Común* es objeto de un tratamiento frecuente y crítico. En efecto, el juicio retrospectivo que *la PAC* le merece al autor y al propio grupo de Seillac es bastante severo:

«La PAC es uno de los grandes factores que han revolucionado el orden interno de los campos. Su cuestionamiento de la reforma y por el GATT inmoviliza el paisaje. Hay que inventar un orden nuevo» (p. 52).

«Uno tiene derecho a extrañarse viendo cómo la PAC evoluciona por enmiendas veniales aplicadas a su determinación productivista, mientras sin embargo todo el mundo señala sus peligros, sin ponerla en cuestión para abordar nuevas finalidades sobre las cuales precisamente todo el mundo está de acuerdo» (p. 102).

Muchos europeos, y en particular entre los agricultores, critican interesadamente la liberalización en curso de los intercambios comerciales mundiales. Pisani les hace ver con perspicacia que:

«Quizás no se ha caído suficientemente en la cuenta que la dinámica misma de la Comunidad-Mercado Común condu-

cía desde su origen a la mundialización de los mercados» (p. 49).

Y es que, en la filosofía de la PAC, a lo largo de toda su historia, se daba por supuesto que:

«... la agricultura estaba hecha para producir y la política agrícola común para dar salida a los excedentes» (p. 51).

Además, y esto es también a veces ignorado o callado:

«... cuando se produce demasiado, todo conduce a producir más aún para que la presencia sobre los mercados exteriores no sea ocasional o marginal, sino permanente y significativa» (p. 51).

Tras criticar los «deficiency payments» generalizados, avanza una propuesta de «reforma de la reforma» de la PAC, sólo esbozada en este texto, dejando bien claro que muchas cuestiones quedan pendientes de estudio, y que va en la línea siguiente:

«El sistema consiste en individualizar a cada productor de un determinado producto y remunerar sus entregas a precios tanto más elevados cuanto sus cantidades entregadas sean más débiles... Este sistema permite remunerar de manera preferente las primeras fracciones de mercancía entregada y de encaminarse progresivamente hacia unos precios iguales a un precio de referencia que... se aproximaría al precio mundial...» (pp. 90-91).

La PAC funciona mejor para la garantía que para la orientación. Si bien es verdad que:

«... la Unión Europea es la única capaz de armarse para conducir una política de garantía, también es verdad que hoy por hoy está mal equipada para animar y orientar una política de la sociedad y del espacio rural» (p. 145).

Por eso, esas políticas deben aplicar de forma especial el principio de subsidiaridad y ser conducidas más cerca de sus destinatarios (p. 144). Es toda una nueva PAC la que hace falta. Habría que:

«... transferir las sumas de dinero de la garantía dada a la producción agrícola como acto económico y mercantil hacia un apoyo dado a la ordenación del territorio rural, a la dinamización de la sociedad rural, a la redefinición de las explotaciones, a un nuevo equilibrio entre las producciones y las regiones... evitando que se creen empresas que no hagan sino vivir a base de explotar al máximo el sistema de subvenciones hoy existente» (p. 158).

Pero también:

«... evitando que la Unión Europea no llegue a ahorrarse el dinero de la PAC sin que aquél sea transferido hacia los territorios y las sociedades rurales. No se trata tanto de gastar menos cuanto de gastar mejor...» (p. 159).

V. Frente a una cierta *idolatría ideologizada del mercado* como «forma del mundo» (Hinkelammert) hoy en boga, y sin poner en cuestión la necesidad de someterse a él, el libro es crítico con ella

«... la ley del mercado no puede ser la única regla sobre la cual hombres y sociedades calquen su conducta y tomen sus decisiones, sino que es preciso constatar que esta ley no es ni absoluta ni perfecta » (p. 57). «... el mercado es un mecanismo indispensable y dinamizador que hay que respetar pero no se le puede confiar todo el destino del planeta y de la especie humana» (p. 61).

Pisani se refiere también peyorativamente a:

«... los celadores (o “zelotas”) de todo mercado» (p. 104). «... el mercado no puede constituir la única ley de la humanidad... todo sucede como si la carga de la prueba se hubiera invertido. No corresponde al mercado justificarse, sino a los que piden excepciones al mismo. Deben decir por qué y en qué límites...» (p. 139).

- VI. No falta las *afirmaciones críticas y polémicas hacia el inmovilismo de algunos agricultores y, en particular, de los grandes*. Véase por ejemplo:

«Las ayudas públicas, a excepción de las que podríamos llamar anti-coyunturales, deberían tender a desaparecer para las explotaciones comerciales» (p. 78). Esos productores «... nunca conocieron el mercado» (p. 87). «... el poder está en manos de agricultores que se preocupan menos del «país» que de los mercados mundiales» (p. 106). «El gran productor no es el que preocupa a la opinión pública: él tiene sin duda los medios para salir del paso y, por si fuera poco, sobreexplota la naturaleza que le ha sido confiada; se come nuestro trigo aún en forma de hierba...» (p. 157).

VII. *Otras cuestiones de interés*

No quisiéramos parecer exhaustivos. Pero no nos resistimos a tocar algunos otros temas recurrente en el libro.

El problema del hambre. Mucho preocupa a los autores la satisfacción de las ingentes necesidades alimentarias insatisfechas de muchos *países del tercer mundo*. Cómo conseguir que la oferta de alimentos pueda satisfacer a la demanda «solvente» y, sobre todo, a la «insolvente», es la gran cuestión (cfr. pp. 60 ss.).

En otro orden de ideas, por ejemplo, el creciente fenómeno de la «*desmaterialización de la producción*» conduce a paradojas tales como esta:

«Dichoso aquel país que no produce sus materias primas, desgraciado el que se encarga de mantener un sector primario pesado... los dragones sin territorio ni sub-suelo, tienen más futuro que los productores de trigo, de carbón o de hierro» (pp. 84-85). «... podríamos llegar a conocer una época en que el Norte exportará hacia el Sur materias primas a cambio de productos industriales altamente sofisticados» (p. 85).

La propuesta de *reorganización administrativa* del mapa francés, reagrupando las tradicionales y demasiado numerosas «comunas» y apoyándose en lo que Pisani llama los «*bassins de vie*» es una de las propuestas más osadas y «revolucionarias» para el panorama francés (cfr. pp. 119 ss.). Se trataría de articular la nueva vida rural francesa en torno a «mil pequeñas ciudades» de dimensión adecuada (p. 125), que serían «puntos de animación, cabezas de redes... un millar de espacios rurales en simbiosis con un millar de pequeñas ciudades» (pp. 124-125). Por cierto que, leída esta propuesta desde Andalucía, uno no puede menos de pensar en nuestros grandes pueblos, las llamadas «agro-ciudades», que sin duda parecen poder cumplir adecuadamente este papel.

Como no podía ser menos, *la idea de «contrato» y de «pacto»* —que ya se apuntó de forma muy elocuente en el primer texto de Seillac— aparece con vigor (p. 100 y pp. 151-159). Precisamente:

«... la agricultura ocupa hoy su lugar porque aparece todavía como la guardiana y la garante de nuestro territorio, de nuestra sociedad y de la civilización ligada a ella y no a causa de su función de “alimentadora”»; «... el país pide al complejo agro-rural que continúe. Tiene el sentimiento de que lo necesita y está dispuesto a pagar el precio...» (p. 155).

Ese es precisamente el contenido del «nuevo pacto social» entre la sociedad y la agricultura. El mundo rural ha de cumplir las nuevas funciones aludidas más arriba, y habrá de ser adecuadamente remunerado por ellas. Se trataría de:

«... una agricultura que les alimente y que contribuya a su equilibrio económico exterior pero también, cada vez más, que contribuya a la vida del territorio y de la sociedad... el consumidor y el contribuyente están dispuestos a pagar su coste» (p. 155).

Esta demanda de la sociedad a la agricultura, objeto del pacto propuesto, es justamente lo que explica el título que adopta Pisani para su libro:

«La sociedad pide a la agricultura que sea mercantil (“*merchande*”) y “ama de casa” (“*ménagère*”), a la vez proveedora

de nuestra subsistencia y gerente de nuestra supervivencia (“durée”) (pp. 157-158).

El contenido de las acciones a emprender aparece además resumido en 13 puntos programáticos en las pp. 146-149. Su transcripción alargaría demasiado esta ya larga recensión.

Al final del libro se incluye el texto ya citado y conocido del Grupo de Seillac: «Agricultura, sociedad y territorios. Para una política europea de la sociedad y del espacio rural, de la investigación, de la producción y de las industrias agrarias. Llamada y contribución francesa a una reflexión internacional, global, a largo plazo. Abril 1993».

VALORACION FINAL

Este pequeño libro abre muchas más interrogantes de las que cierra. Parece querer ponerlo todo en cuestión; nada se escapa de sus propuestas de cambios profundos. Así, el potente tejido profesional agrario francés, tan envidiado desde España es también sometido a juicio. El mundo de las cooperativas (pp. 129-130), el Crédito agrícola (pp. 130-131), la mutualidad agrícola (pp. 131-132), la administración estatal (propone la creación de un ministerio de «la agricultura, la alimentación, el territorio y la sociedad rural»...) y europea de la agricultura (pp. 137-138), la investigación (el INRA francés debe pasar «de la “agronomía ecónoma”, a la “agronomía global” y a la “agronomía rural”»...) (p. 138): todo hay que modificarlo de raíz.

Por otro lado, el estilo del texto es excelente, brillante, ágil, incisivo, provocador. Pensamos que no es precisamente uno de sus menores méritos.

Bertrand Hervieu (1993). *Les champs du futur*. Ed. François Burin, Paris, 173 pp.

EL AUTOR

Bertrand Hervieu (en adelante B. H.) une a sus conocimientos como sociólogo rural, y a su buen manejo de la estadística y de la

información, su calidad de hijo de agricultor, su experiencia de administrador público –ha sido alto funcionario del Ministerio de Agricultura en Francia, sus profundos conocimientos de historia. Utiliza mucha información sobre la agricultura y el mundo rural, pero sin acumular las cifras de forma enciclopédica, sino seleccionándola e interpretándola adecuadamente. Son de destacar sus visiones de conjunto, su lectura política de las realidades agraria y rural, y su propuesta de nuevos esquemas y paradigmas de análisis y de acción política para el medio agrario y rural.

Es autor de otras obras de sociología rural, entre las que se podrían destacar la dirección de un estudio colectivo sobre los sindicatos agrícolas europeos y otro sobre el comportamiento electoral de los agricultores franceses.

Como indicábamos más arriba, B. H. es, además, uno de los miembros del grupo de Seillac. No puede, pues, extrañar que las ideas de esta publicación sean bastante coincidentes con la anterior y que se puedan apreciar influencias sensibles –y hasta liberales– de la obra de B. H. en el citado Manifiesto de Seillac y en el propio libro de Edgar Pisani que acabamos de comentar.

ESTRUCTURA DEL LIBRO DE B. HERVIEU

El libro que comentamos se divide en dos partes bien diferenciadas.

LA PRIMERA PARTE se titula «EL DECENIO DE TODAS LAS RUPTURAS». En ella, el autor analiza con detenimiento las rupturas –con frecuencia traumáticas– que considera esenciales para explicar el cambio radical y la crisis en curso de la agricultura y el mundo rural. Estas rupturas son cinco.

La primera ruptura es la toma de conciencia de los agricultores de que constituyen en la sociedad moderna *una minoría más entre otras*. En el origen de este fenómeno está el hecho de que en los últimos 50 años la población rural francesa se transformó en una población agrícola.

«... la revolución industrial y la tercera república hicieron de la Francia rural de mediados del siglo XIX una Francia cam-

pesina, vaciada progresivamente de todas sus actividades no agrícolas» (p. 34). «Los campos franceses, hasta entonces hormiguero demográfico, artesanal, industrial y agrícola... van a constituirse en un ghetto campesino». (p. 35). Y, por otro lado, «... la modernización ha transformado a los campesinos en agricultores» (p. 37).

La regresión demográfica y el envejecimiento de la población rural son las manifestación más expresiva de esta primera ruptura. Y, paradójicamente, según B. H.:

«... las evoluciones que lo atraviesan hacen que el mundo rural sea menos el testigo de una sociedad del pasado que la prefiguración de los problemas que esperan a las sociedades occidentales del futuro» (p. 46).

La segunda ruptura consiste en el agotamiento del famoso paradigma (tan genuinamente francés) de la «*explotación familiar*». En efecto:

«... la explotación familiar de dos unidades-trabajo-hombre... es la referencia obligada de toda política agrícola en Francia» (p. 47).

Ahora bien, la creciente concentración de la producción en las grandes explotaciones francesas es un proceso incuestionable:

«... las cien mil explotaciones agrarias francesas más importantes... aseguran más del 40 por ciento de la producción total, siendo así que sólo representan el 10 por ciento del millón de explotaciones francesas... Cabe preguntarse si Francia no podría, a comienzos del siglo XXI, contentarse con 300.000 o incluso 150.000 agricultores en vez del millón actual» (p. 50).

En relación con ese proceso, el autor analiza los fenómenos del trabajo exterior asalariado de las esposas de los agricultores, el problema del celibato rural, así como la tendencia imparable hacia la agricultura societaria. En último término, lo que está ocurriendo es que:

«... el sector agrícola asimila las orientaciones culturales y sociales de la sociedad en su conjunto» (p. 58).

La tercera ruptura, expresivamente denominada «*el territorio desarraigado*», se produce por la movilidad de las actividades productivas, también de las agrarias.

«La agricultura francesa ha venido a ser por excelencia una actividad internacional. No se convierte uno impunemente en la segunda potencia exportadora mundial» (p. 63).

El desarraigo aludido se produce mediante la doble e irreversible tendencia a la concentración y a la especialización de la actividad productiva, también de la agraria: en eso no se distingue de la industria y los servicios.

«... el mapa mundial de la producción agrícola tiende hoy a superponerse al mapa mundial de los movimientos de población » (p. 63). «No es exagerado afirmar que del 70 al 80 por ciento de la producción agrícola europea en volumen, en el horizonte del año 2010, podría encontrarse concentrada sobre el litoral de la Mancha, de Rouen a Rotterdam, con prolongaciones hacia la Bretaña francesa al oeste, y hacia Dinamarca, al nordeste» (p. 66). «... la actividad agrícola pasa a ser... una actividad de localización precaria y revisable» (p. 70). «... se trata de un fenómeno constatable a escala mundial; por todas partes, en todos los continentes, las zonas de producción agrícola ocupan las zonas litorales, los grandes nudos de comunicaciones –en particular las zonas portuarias y las zonas de consumo» (p. 71).

El cuestionamiento radical de la tradicional función de la *agricultura como proveedora de alimentos* a la sociedad constituye la *cuarta ruptura*, quizás una de las más traumáticas.

«El famoso slogan: “nuestro oficio consiste en alimentar a la humanidad” ya no funciona» (p. 73).

Varios fenómenos de envergadura están cambiando las cosas: la disminución del peso de la alimentación sobre los presupuestos familiares, la seguridad alimentaria de los países occidentales:

«... nueve de cada diez individuos, si han tenido el privilegio de nacer en Europa occidental, tienen la seguridad práctica-

mente total de comer todos los días a satisfacción hasta el día de su muerte, sin que ello exija la mayor parte de su energía creativa o laboral» (p. 75).

Esta seguridad –por desgracia no generalizable a la mayoría de la población mundial– implica un cambio radical de la relación entre la agricultura y la población. Y ni siquiera vale apelar a una nueva función –fuente alternativa de sentido para los agricultores del norte– la de proveedores de alimentos para las masas hambrientas de los países subdesarrollados. La aspiración moral de los agricultores del norte a alimentar a los pobres debe ser contrarrestada con el derecho de cada pueblo a alimentarse (cfr. pp. 81 ss).

«... empezamos a comprender que el proyecto de un país, o de un grupo de países, de “alimentar a la humanidad” no es, a pesar de la belleza aparente de la fórmula, un proyecto humanista» (p. 83).

Por último, también la agricultura es responsable de los preocupantes *problemas medioambientales* que padece el planeta: es *la quinta y última ruptura* analizada. Transformada en un verdadero oficio «minero» la agricultura ha roto, en cierta medida, su «contrato natural» con el mundo vegetal y animal.

«Es hora de acabar de una vez por todas con esa especie de fundamentalismo agrario... Ser agricultor es un oficio como cualquier otro» (p. 88). «El mundo agrícola ha pasado, en menos de medio siglo, de una relación de dominación-sumisión de las leyes de la naturaleza, al dominio técnico de dispositivos biológicos complejos» (p. 91).

En síntesis lo que el autor pretende en la primera parte es demostrar que

«... ya no es posible pensar el futuro bajo la forma de una continuación del presente» (p. 96).

LA SEGUNDA PARTE, titulada: «LAS PISTAS QUE SE ABREN» define las grandes líneas por las que debe discurrir una nueva política rural, superando la tentación de «gestionar las nostalgias» (p. 95) de la sociedad tanto rural como global.

En primer lugar, la calidad («producir mejor») es el objetivo que debe reemplazar a lo que en los decenios de post-guerra significó la lucha por la cantidad («producir más»). La lógica de los planteamientos cuantitativos no responde ya a las demandas de la sociedad. Por varias razones:

- 1) por los efectos perversos de esa lógica (excedentes, en particular) (p. 100);
- 2) por los desmanes ecológicos derivados de un planteamiento «minero» de la producción agropecuaria (p. 101);
- 3) por las implicaciones planetarias de los incrementos de productividad («... mientras más inundamos los mercados mundiales a los precios que lo hacemos... más desanimamos a los agricultores del Sur» (p. 101);
- 4) porque condenaría a su desaparición a la mayoría de los propios agricultores franceses y europeos; puestos a producir en cantidad sobrarían en Europa 5 millones de activos agrícolas (p. 102).

Por el contrario, la noción de calidad, entendida de forma integral, ofrece una «nueva frontera», un nuevo horizonte para el sector. Se trataría, por supuesto, de que se generalicen los productos de alta calidad, de acuerdo a las exigencias de los consumidores, pero también de que mejoren los productos de consumo corriente por la vía de la transformación y de la distribución adecuadas, rompiendo (una vez más) el «fundamentalismo agrario»:

«... esta cultura de la calidad no ha penetrado el mundo de los agricultores, que prefieren automutilarse reduciendo su papel al de productores de materia prima» (p. 107).

Calidad, por último, en la relación del agricultor con la tierra, que constituye un patrimonio de la nación y de las generaciones futuras (p. 109).

A continuación subraya la importancia creciente de *la integración territorial*, teniendo bien claro que ya no se puede identificar desarrollo rural con desarrollo agrario; en este punto, es inevitable evocar:

«... la imagen trágica de unos campos antes vivos, transformados hoy en “desiertos”» (p. 113).

El viejo concepto de ordenación rural («aménagement rural») debe integrarse en el más amplio de desarrollo rural y de desarrollo local. Pero sin confundir desarrollo rural con desarrollo agrícola (p. 115). En cualquier caso, dos postulados complementarios se imponen:

«Primer postulado: se diga lo que se diga, y se haga lo que se haga, la agricultura sigue siendo el pivote del desarrollo o de la ordenación rural...

Segundo postulado: la comuna rural multiseccular no constituye un escalón suficiente de desarrollo y ordenación rural» (p. 116).

En este punto, B. H. analiza con profundidad y viveza la necesidad de romper con la mitología del «pueblo rural». Propone la noción de «marco vital» («cadre de vie»; lo que Pisani llamaba «bassin de vie»), que implica la consideración del mantenimiento del espacio como una cuestión que afecta a toda la sociedad (no sólo a los agricultores ni a la población rural: eso sería confiar el 50 por ciento del territorio al 1 por ciento de la población activa).

A continuación aboga por una consideración integrada de los territorios (pp. 127 ss.), afrontando –entre otros– el problema de los lazos necesarios entre los pueblos grandes (o ciudades medianas) y el tejido rural que los rodea (p. 130).

Por último, en este capítulo, el autor plantea la vidriosa cuestión de la distribución de la producción agrícola en el conjunto del territorio, proponiendo que:

«... se replanteó por completo el sistema de ayudas a la agricultura en función de la geografía y no solamente en función del mercado» (p. 133).

En tercer y último lugar, B. H. propugna la definición de *un nuevo oficio de hombre del campo* que va mucho más allá del rol tradicional del agricultor. Es el objeto del capítulo 8 de su libro. Es preciso:

«... que el oficio de agricultor re-encuentre su sentido» (p. 135);
«... no se trata tanto de re-inventar al campesino, cuanto de

superar al mero agricultor» (p. 137); «... es igualmente honroso ser jardinero o funcionario que ser agricultor» (p. 137).

Frente a la desesperanza de muchos, B. H. cree que se abren nuevos horizontes para el agricultor:

«Lo que se espera hoy de él es que sea un oficio de síntesis, en la encrucijada de la producción (teniendo en cuenta los mercados), de la gestión del patrimonio (tierra, agua, paisaje, que son propiedad de nuestros nietos y de la humanidad, tanto como nuestra) y de la ordenación del territorio» (p. 138).

Eso sí, la profesión debe aceptar la inseguridad y el dinamismo inherente a toda la sociedad:

«... no existe la forma de asegurar por adelantado a un individuo un itinerario profesional lineal, en ningún sector, y tampoco en la agricultura» (p. 141).

Y, por último, debe intentar mantener su voluntad de representación unitaria, rasgo típico de esta profesión,

«Ninguna profesión ha llevado tan lejos la construcción casi religiosa de su representación» (p. 147),

y teniendo en cuenta que:

«la política agraria es, de todas las políticas públicas, la que más se distingue por su alto nivel de cogestión (p. 151).

Este capítulo termina con una serie de consideraciones –de fuerte componente ética– sobre las nuevas relaciones entre la agricultura y el ser vivo, tal como se van delineando sobre todo desde la irrupción de las revoluciones biotecnológicas.

VALORACION FINAL DE «LOS CAMPOS DEL FUTURO»

El libro de B. H. puede resultar duro para los agricultores y los agraristas que sueñan con la perpetuación (o el retorno) a los viejos paradigmas productivistas. Pone de relieve, sin contemplaciones, las rupturas que se han producido en los últimos años, pero también las

contradicciones, incoherencias y efectos perversos del discurso agrarista/productivista tradicional, que califica repetidas veces de «fundamentalista».

Adopta una posición global, que constituye lo que podríamos llamar su «condicionamiento epistemológico de base»:

«El dato esencial de la actual recomposición de la vida económica es la mundialización de los intercambios» (p. 167).

Su tono es desmitificador y arremete contra conceptos, hasta hace poco considerados «sagrados» por muchos, como el de «campesino», de «pueblo rural», de «alma campesina», la «agricultura familiar», «los valores eternos de la profesión agraria» etc. De alguna manera es un alegato a favor de una consideración menos «excepcional» de este importante sector.

La idea-fuerza del libro, repetida hasta la saciedad, es que la agricultura y el mundo rural no tienen más remedio que asimilar las orientaciones culturales de la sociedad entera, que «su gestión ya no puede ni debe hacerse aparte o separada del resto del espacio y de la sociedad». «[La agricultura] es un “partenaire” en un debate colectivo que compromete la orientación de la sociedad entera» (p. 25). «El oficio de agricultor es uno de tantos, un oficio del que se puede estar orgulloso, pero que no concede a los agricultores un status social aparte» (p. 171). Frente a ello, B. H. propone (y esta idea –como vimos– recibió un fuerte impulso por parte de Pisani y del grupo de Seillac) un «contrato de sociedad» (pp. 96; 167) entre la agricultura y el mundo rural, por un lado, y la sociedad en su conjunto, por otro, lo que debería permitir encontrar nuevas funciones económicas, territoriales, sociales y, al mismo tiempo, recuperar su lógica necesidad de sentido.

A MODO DE CONCLUSION

En «El nombre de la rosa», a propósito de la biblioteca del monasterio, decía Guillermo de Baskerville a su joven compañero Adso:

«Los libros no se han hecho para que creamos lo que dicen, sino para que los analicemos. Cuando cogemos un libro, no debemos preguntarnos qué dice, sino qué quiere decir...» (1).

Pues bien, a nuestro modesto entender, es difícil encontrar en el panorama europeo de la reflexión agro-rural unos textos tan clarividentes, realistas e inspiradores como los que nos ocupan,... por lo que estos libros dicen y por lo que quieren decir, pero sobre todo por la vasta problemática subyacente de la que son expresión y testimonio. A pesar de sus evidentes y reconocidas especificidades francesas (más aún, «franco-francesas» como el mismo Pisani, por ejemplo, reconoce) la mayoría de sus reflexiones podrían ser aplicables a otros contextos, como el español, e inspirar y fecundar un discurso similar. Por nuestra parte, compartimos su filosofía de fondo, aunque no ignoramos que también en nuestro país se trata de un discurso polémico y para muchos todavía difícil de aceptar.

Sin ignorar la existencia en España de excelentes aportaciones individuales procedentes de distintos ámbitos: administraciones, universidades, profesión etc., es nuestra opinión que no está precisamente el panorama agro-rural de nuestro país sobrado de ideas y propuestas modernas y críticas, basadas en el esfuerzo de un colectivo tan cualificado como el que nos ocupa.

Si cundiera el ejemplo, si se pudiera articular una reflexión similar desde el trabajo independiente y en equipo, y si —como nos consta que pretenden Edgar Pisani, el grupo de Seillac y el propio Bertrand Hervieu— se consiguiera incorporar a esas propuestas y reflexiones las procedentes de otros ámbitos no franceses, se podría ir ya contando con una base de relevancia para elaborar una política agro-rural alternativa en un momento de tanta confusión y desconcierto.

RESUMEN

Esta nota plantea los puntos centrales de dos aportaciones recientes de importantes autores franceses en materia de cambio rural. Las posiciones más innovadoras referentes al papel de la agricultura y el territorio para un nuevo equilibrio mundial se relacionan con los aspectos de seguridad alimentaria desde una perspectiva ruralista.

(1) Umberto Eco. *El nombre de la rosa*. Edit. Lumen, Barcelona, 1983, p. 486.
